



Informe sobre el H+K Talks con el miembro del Consejo Asesor de H+K Strategies España y provost del IE Business School, Manuel Muñiz

Hill+Knowlton Strategies organizó el miércoles 19 de abril una nueva edición de los H+K Talks, contando en esta ocasión con el miembro del Consejo Asesor de H+K Strategies España y provost del IE Business School, Manuel Muñiz.

Durante el coloquio, introducido por Joan Ramón Vilamitjana, CEO de Hill+Knowlton Strategies España, Muñiz abordó la cuestión de las nuevas esferas en las que se mueve la diplomacia, así como los retos y oportunidades que plantea la coyuntura global y las necesidades de preparación como país y como empresas que conlleva.

Muñiz comenzó su intervención definiendo el marco geopolítico actual: el ciclo de orden internacional que comenzó con el final de la Guerra Fría acabó de forma abrupta el pasado año con la invasión de Ucrania por parte de Rusia. Han sido tres décadas de fuerte integración económica y una globalización muy acelerada, con una marcada lógica de integración de mercados, que ahora se ve sustituida por un entorno de desglobalización regional parcial. Si durante los últimos 30 años ha imperado la lógica de la eficiencia de costes y apertura de mercados, ahora se imponen los criterios de riesgo e incertidumbre, argumenta Muñiz, advirtiendo de que esto conducirá a procesos de *decoupling* o desconexión entre los principales impulsores de la economía global y a un mundo más fracturado.

Este nuevo paradigma, que afecta a los ámbitos público y político, pero también al empresarial, exigirá de un mayor músculo y capacidad de análisis y prospectiva para planificar estrategias de prevención y reacción ante entornos que pueden cambiar de manera muy repentina y acelerada. Y, por tanto, la diplomacia tecnológica se alza como una necesidad imperativa a la hora de enfrentarse a los retos propios de esta nueva época.

Tecnología, sociedad y su gobernanza

Desde su convicción de que la tecnología transforma de manera radical los entornos, Muñiz asegura que las sociedades están en transformación continua y exponencial, siendo este 2023 el momento en que da comienzo la era de la inteligencia artificial (IA). Las dos últimas semanas de marzo de este año han tenido una naturaleza trascendental para este proceso, y han supuesto el colofón de una década llena de avances tecnológicos cada vez más disruptivos. No obstante, el ritmo exponencial de desarrollo que vemos en la actualidad exige una atención exhaustiva a la gobernanza de estas tecnologías y sus implicaciones.

En este sentido, Muñiz expone que, en el ámbito de la política y la economía, rara vez se estudian los efectos de la tecnología en las dinámicas globales, a pesar de tener la capacidad de impactar de modo profundo en aspectos tan relevantes y con tantas implicaciones como puede ser la distribución de poder entre los estados, las capacidades ofensivas y defensivas nacionales (lo que genera nuevos entornos de potencial conflicto como el cibernético), las dinámicas económicas (competencia de mercados, competitividad empresarial, capacidad de atracción de talento, distribución del empleo...) e incluso los modelos políticos y, en última instancia, los derechos y libertades de los ciudadanos.

Como ejemplo de esto último, Muñiz advirtió de los indicios de que nos encaminamos a una colisión sistémica entre modelos políticos por el uso de tecnologías emergentes en la monitorización e identificación de los ciudadanos y el análisis de los datos aplicando capas de IA y analítica, lo que puede permitir a los estados conocer, entender, anticipar e incluso modular las preferencias y los movimientos sociales de sus ciudadanos.

Así, Muñiz defiende un modelo de convivencia natural entre tecnología y sociedad basado en tres 'Ps': poder, prosperidad y política. Y, teniendo en cuenta la capacidad de alteración de la tecnología en estas tres dimensiones, concluye que la respuesta lógica será una institucionalización a nivel global de este nuevo campo de la diplomacia internacional, como antes sucedió con otros grandes fenómenos de alcance global como el climático.



La fractura internacional y la economía del talento

Profundizando en estos conceptos, Muñiz argumenta que resulta imposible comprender la colisión sistémica que enfrenta a Occidente y Estados Unidos con China sin tener en cuenta la magnitud de la dimensión tecnológica.

Para entender la clave de este concepto, menciona como eje fundamental la economía del talento, que se encuentra en el centro de las motivaciones que explican el despliegue de determinados movimientos políticos vinculados al ámbito tecnológico. Así, se percibe que alcanzar posiciones de dominio en el sector tecnológico pasa de manera clara por generar y retener talento, en una competencia de suma cero que condiciona de manera clara los movimientos de las dos grandes potencias mundiales en la materia: China y Estados Unidos.

En este conflicto sostenido, Muñiz tiene una perspectiva pesimista: en las políticas domésticas china y americana no hay ninguna señal que pueda alentar la esperanza de una mejora de sus relaciones diplomáticas, económicas o comerciales. Así, hay una alta probabilidad, a su juicio, de un recrudecimiento de esta divergencia que podría conducir a una escalada que, en el escenario más grave, nos llevaría a una colisión de ambas potencias en Taiwán. Esta posibilidad se conformaría como un escenario análogo al que encontramos en Ucrania, y obligaría a los países occidentales a aplicar sanciones comerciales y económicas similares a las que se han adoptado contra Rusia, acelerando así el proceso de *decoupling* y con consecuencias de gran magnitud no sólo en el plano de la inflación sino incluso de la propia seguridad del suministro de muchas materias y productos habida cuenta de la posición comercial global que ocupa el gigante asiático.

Consecuencias prácticas

A juicio de Muñiz, ante esta situación, los gobiernos y las empresas deberían desarrollar una musculatura de monitorización y prevención de potenciales riesgos mayor a la que acostumbramos, lo que conlleva un necesario dimensionamiento de los equipos y servicios destinados a este fin y el establecimiento de procedimientos más ágiles y con focos de atención específicos en función de los sectores y mercados en los que operen las empresas o a los que estén expuestos en mayor medida.

Sin embargo, la percepción de Muñiz es que, a día de hoy, el entorno corporativo (y también, aunque en menor medida, muchos gobiernos nacionales) todavía no ha interiorizado de manera suficientemente rotunda esta nueva realidad, lo que previsiblemente conducirá a posiciones de dominio por parte de algunas instituciones y corporaciones que, con su capacidad para generar inteligencia, serán capaces de dominar el espacio de toma de decisiones y podrán prever y mitigar sus riesgos en mayor medida.

Más allá del ámbito de los estados, también las instituciones multilaterales se ven en un escenario de gran fragilidad y riesgo, dado que el entorno que genera este nuevo contexto tecnológico y, por tanto, político global pone en cuestión las mismas bases de su existencia, al retar los principios que fundamentan los mecanismos de gobernanza internacional con los que el mundo se rige desde hace 50 años. Las consecuencias van más allá de las potencias implicadas en el conflicto, y alcanzan al Sur global, cuyas agendas de desarrollo y prioridades nacionales necesitan de contextos internacionales estables para poder avanzar, y que se ven perjudicadas por realidades de bloques polarizados.

En relación con la posible repercusión de los acontecimientos previamente mencionados en América Latina, Muñiz subraya que la postura que adopten los países latinoamericanos dependerá en gran medida de las acciones que tomen tanto Estados Unidos como de los equilibrios de poder entre las naciones regionales líderes, dado que el peso de China en el Sur global va a más (por ejemplo, es ya el principal prestamista en la zona), lo que condicionaría de manera determinante las posiciones de estos países ante, por ejemplo, eventuales sanciones al gigante asiático.

La posición de Europa y sus implicaciones

Europa se encuentra en una posición compleja, en medio de dos polos con los que nos unen relaciones desiguales: si bien es innegable que la Unión Europea pertenece al mundo Atlántico (la pertenencia de los estados miembros a la OTAN es la mejor prueba de ello), los lazos comerciales también nos unen de



manera muy estrecha a China. Por ello, un contexto de conflicto exacerbado que hiciera necesaria la aplicación de sanciones situaría a muchos de los países europeos en posiciones extremadamente incómodas y de tensión, a juicio de Muñiz.

Sin embargo, en su opinión la equidistancia no es una alternativa real para Europa, que más bien debería plantear matices en su alineamiento con Estados Unidos, navegando una vía propia, distinta a la de las dos potencias, y concentrándose en tender puentes entre ambas.

En este sentido, la mayor incógnita en este momento recae en la política exterior de Estados Unidos, país que atraviesa una grave crisis política e institucional que puede condicionar sus posturas hacia sus aliados y rivales. Por eso, Muñiz defiende que es fundamental que Europa esté preparada para defender sus propios intereses, sin dejar por ello de ayudar a Estados Unidos a reencontrarse con su rol histórico en la defensa de los valores compartidos.

Respecto a la capacidad de Europa de ocupar un espacio de liderazgo propio en la carrera por la tecnología, Muñiz recuerda que la Unión demuestra capacidades de investigación similares a las de Estados Unidos, por ejemplo, pero que falla en la transferencia de innovación. Las razones que explican esto se encuentran en limitaciones propias del modelo europeo, como la variedad de idiomas, el comportamiento y la actividad de las universidades, que deben ser abordadas para lograr un liderazgo sólido en innovación; la necesidad de avanzar hacia el concepto de *'stakeholder capital'* o la regulación.

En este sentido, subraya que Europa debería apostar por alcanzar un liderazgo tecnológico, más allá de ostentar únicamente un liderazgo en ESG (*Environmental, Social and Governance*), y advierte también de que el desarrollo tecnológico en el continente se ve condicionado fuertemente por la "securitización" de la información que se ha adoptado como eje central de las políticas públicas como respuesta al contexto geopolítico.

Sin embargo, este fuerte espíritu garantista en la regulación del ámbito tecnológico conlleva, sin remedio, una ralentización en el desarrollo tecnológico en nombre de la defensa de los derechos y libertades de los ciudadanos y de la protección de los datos personales y la privacidad. Algo totalmente alineado con la tradición europea, que se aleja de las posiciones tanto de Estados Unidos como de China, que pueden conducir, respectivamente, a una explotación de la información individual por parte de las empresas o a un *'surveillance state'* represivo. Algo especialmente relevante cuando nos adentramos en los campos de tecnologías todavía en fases muy preliminares de desarrollo, como pueden ser la neurociencia o las ciencias del comportamiento.

La otra cara de la moneda es, por supuesto, la pérdida de eficiencia económica y fracturas en los procesos de integración global que implica apostar por regulaciones tan garantistas, así como el freno a la innovación anteriormente mencionado.

El rol de España

Preguntado sobre la posición de España en la materia, Muñiz divide su respuesta en dos vertientes. Para la primera de ellas, referida al orden internacional, prevé que España no sea fuerte protagonista al no contar con demasiada exposición a la economía china. Así, prevé que nuestro país juegue de manera discreta su papel dentro del bando comunitario, en el marco de las posiciones oficiales que asuma la Unión Europea.

La segunda parte de su respuesta se centra en el ámbito de la diplomacia tecnológica per se, en el que considera que a España le queda mucho camino por recorrer. Se trata de un campo nuevo para el país por lo que, al igual que se necesitó un tiempo desde que se iniciaron las conversaciones sobre la cuestión climática y su gobernanza hasta que España se dotó de una diplomacia climática relevante, también en el campo tecnológico ocurrirá lo mismo. A este respecto, argumenta que es vital para nuestro país pasar de entender la tecnología como un campo técnico a entenderlo como sustantivo, lo que implica una organización basada en estructuras, conocimiento, órganos, direcciones generales, tratados internacionales y, sobre todo, capital humano.

En relación con esto último, considera difícil encontrar perfiles que dominen tanto el aspecto jurídico como el puramente tecnológico de la cuestión. Es decir, ve necesario que desde el Gobierno se consiga atraer un



tercer tipo de perfiles que entiendan ambos mundos, el tecnológico y el legal-diplomático.

Una mirada hacia el futuro

Como reflexión final, Manuel Muñiz se centró en el contexto social actual y la crisis de legitimidad institucional que se está dando, con diferentes intensidades, a ambos lados del Atlántico. Así, considera que la implosión de las clases medias occidentales, su precarización y el vaciamiento del centro político representan una amenaza para la estabilidad de la Democracia, ya que el miedo y el pesimismo son factores que movilizan el apoyo a partidos extremistas. De hecho, a su juicio, las señales de sufrimiento en las clases medias de la sociedad son evidentes, y están dando alas a movimientos populistas con matices revolucionarios y a apoyo creciente a las fuerzas extremistas que desean romper el orden político desde dentro.

Esta evolución de las tendencias políticas de los ciudadanos occidentales acaba convirtiendo la crítica a las políticas públicas en una crítica a la propia legitimidad de las instituciones, lo que supone la verdadera amenaza al futuro de los sistemas democráticos. La duda ya no es si un partido u otro está en mejores condiciones para garantizar una prosperidad compartida, sino si el propio modelo económico no es insostenible porque, pese a producir una prosperidad agregada, falla en sus elementos redistributivos. En este sentido, el empleo y la generación y distribución de rentas son puntos de contacto críticos, sin olvidar que la brecha territorial y la concentración del talento en áreas específicas agravan la situación.

Así, las dos grandes fuerzas que impulsan el entorno actual y que ocuparán la próxima generación son un ascenso del liberalismo, apuntalado en un gran despliegue de tecnología antitéticas a nuestros valores y principios, y la implosión o debilitamiento de las democracias desde su interior. Este proceso de revisión del entorno es equiparable al que se vivió al final de la Guerra Fría, y está impactando no sólo a los estados-nación sino también la propia reconfiguración del orden internacional.

Por consiguiente, se percibe un reto mayor para las democracias social-liberales: es necesario reflexionar y definir un nuevo papel de lo público, un nuevo contrato social y un nuevo modelo político que genere empleo y redistribución en el medio plazo. Una cuestión que, a su juicio, debe ser resuelta sin caer en la tentación de cargar el peso de las reformas sobre las clases medias.